

La democracia chilena en cuestión³⁹

Cristhian Almonacid Díaz⁴⁰

Si tuviera que describir la democracia en Chile diría que tenemos un modelo de representación política oligárquica, es decir, una institucionalidad democrática basada en un voto agregacionista. Cada cierto tiempo, este voto otorga un poder legítimo (y, a la vez, por una vía legal) a una casta que proviene de los que conocemos como partidos políticos. Esta clase política se caracteriza por una fuerte racionalidad tecnocrática, que le permite obtener adhesión popular por su probada suficiencia para administrar y distribuir los recursos públicos.

El éxito de dicho modelo se sostiene gracias a la idoneidad racional estratégica de nuestros representantes. Estos se alternan en el poder siguiendo la lógica de obtención de beneficio político a partir del aprovechamiento de los errores estratégicos de la contraparte, trasladando con ello la lógica de la libre competencia del mercado a la esfera política. Recordemos que se triunfa en el mercado cuando se logra captar y crear valor de satisfacción en el consumidor. El sistema político muchas veces sigue este enfoque, y las campañas políticas son más una competencia de asesores técnicos de marketing, antes que un proceso de argumentación para la deliberación de ideas y propuestas. Este modelo democrático se completa con el papel de una ciudadanía que se prefiere atomizada, asumida como individuos demandadores de beneficios en el surtidor de servicios que solemos llamar Estado, entidad que recauda y reparte recursos bajo los preceptos neoliberales.

Hoy nos enfrentamos a la más compleja urgencia social y política desde el restablecimiento de la democracia. Nuestro modelo democrático está en cuestión, principalmente porque no ha sido capaz de conformar un andamiaje social y político que legitime la institucionalidad existente, más allá del voto. Bajo mi perspectiva, el modelo democrático de representación oligárquica tecnocrática está

³⁹ Columna de opinión publicada en El Heraldo el día 27 de octubre 2019.

⁴⁰ Académico del Departamento de Filosofía, Universidad Católica del Maule.

dando señales fuertes de incapacidad para escuchar y responder a las demandas sociales de nuestra “primavera chilena”.

Primero, porque la institucionalidad política de élite, entreverada entre asesores técnicos, ha terminado por alejarse de la ciudadanía, de sus necesidades y de sus problemas. La clase política no viene “de la calle” y no está en la “plaza” que, como gustaba decir Humberto Giannini, es el lugar de la ciudad para la conversación que funda la experiencia histórica común y la cotidianeidad que antecede a cualquier tecnicismo. Segundo, porque la sociedad en su conjunto ha crecido en niveles de educación y preparación. La ciudadanía ha alcanzado saberes, conocimiento y un fuerte sentido de responsabilidad social (especialmente visible en las generaciones más jóvenes), pero no cuentan con espacios democráticos para participar y decidir. En este sentido, estamos en un punto de inflexión en el que el progreso educacional y el desarrollo de la autonomía moral de la sociedad civil provoca que los ciudadanos y ciudadanas ya no quieran ser concebidos como meros demandadores de “bonos”. La ciudadanía quiere ser partícipe, no solo del crecimiento económico —como es correcto concebirlo en términos de equidad y justicia—, sino también de las decisiones políticas que le afectan.

La crisis social que estamos viviendo muestra la necesidad de transitar desde un modelo de democracia basado en una racionalidad técnica de élite hacia una democracia radical (de raíz), basada en una razón que sea dialogante con la capacidad de reconocer en los ciudadanos a interlocutores preparados y válidos. Mientras no avancemos en un modelo institucional fundado en una democracia radical, que integre a la sociedad civil, la clase política seguirá entendiéndose a sí misma como autosuficiente para decidir los destinos de Chile, seguirá comprendiendo la crisis social como vándalos que quieren sembrar terror cuando manifiestan sus demandas, seguirá contando con el estado de emergencia y la militarización de las calles para recomponer un orden de artificio, a costa de arriesgar la plena garantía y el respeto fundamental de los Derechos Humanos.

La democracia no es un mecanismo para institucionalizar procesos sin los sujetos afectados. Únicamente desde las personas que componen la sociedad en su conjunto es posible esperar una radicalización de la democracia que convierta al diálogo deliberativo y la participación en una cultura. Si consolidamos esta cultura democrática, podremos confiar en nuestra musculatura dialógica para superar este tipo de crisis y afrontar la tarea democrática por antonomasia: redactar una nueva constitución, tarea pendiente que resuena de fondo y se convierte en ineludible.